



DEMIISIONES

Desde los hielos de Alaska

Mission of St. Francis Xavier,
Kotzebue, Alaska

Marzo 30, 1939.

Sr. J. E. Hernández Chapellín,

Mi caro y venerado amigo:

Un millón de gracias por su hermosa carta a la que acompañaron las fotos tan lindas del Seminario y la Revista "SIC" que leí de un tirón una noche oscura y fría allá afuera, pero iluminada y caliente en mi cocina donde tengo una silla, una mesa y un candil como el profeta bíblico de que nos habla el P. Rodríguez.

Pasado mañana entramos en abril. En Kotzebue, no hay abril. Lo que sí hay, y en una abundancia agobiadora, es una serie ininterrumpida de tormentas a cual más colosal, y unos termómetros tercos y tozudos que se empeñan en bajar a 40° bajo cero y se estacionan ahí como si esa fuera su vivienda permanente. Nada de abril.

Si usted recuerda algo de lo mucho que aprendió unos días antes del examen de Astronomía, verá que Kotzebue está condenado a primaveras que no lo son. En cambio tiene unos otoños casi tropicales. En los meses de verano, particularmente en junio, no se pone el sol, sino que se pasa las 24 horas del reloj dando volteretas por los cielos. Entonces la tierra se calienta poco a poco en progresión ascendente. En el otoño, aunque nieve y rujan unos vendavales ultramundanos, no hace mucho frío porque la tierra se enfría poco a poco y estaba bastante caliente. Luego vienen los meses tenebrosos. En Navidad no sale el sol. La tierra entonces se enfría a marchas forzadas. Cuando en marzo y abril el sol comienza a brillar horas y más horas, encuentra a la tierra tan fría, que por mucho que brille no se nota nada su influencia. Añada usted que la nieve del otoño, apretada por la que va cayendo todo el invierno no desaparece hasta bien entraño mayo, y verá usted que el pobre Kotzebue está condenado a pasarse la vida sin primaveras.

Antes de ayer al levantarme encontré la casa a as-

curas. Durante la noche había caído tanta nieve que todas las ventanas estaban cubiertas. Tuve que echar mano de una pala y descubrir los cristales para que pudiera ver sin encender la lámpara. Atollado hasta la cintura entré pronto en calor espalando nieve y ponderando por qué no han de ser todos los países como Andalucía donde brilla un cielo limpio y azul, y donde florecen el naranjo y el limonero. No es que yo sea andaluz, no, (soy leonés) sino que estudié 3 años de filosofía en Granada y quedé encantado de aquel clima privilegiado. Luego estuve un verano en la Habana. Aquello ya es un poco demasiado; ni tan calvo que se le vean los sesos.

Tengo en un cobertizo un reno desollado. Está helado y tieso como acero. Tengo varios peces de diez kilos cada uno; todos tiesos como barras de hierro. Al atardecer cojo un serrote y sierro un pedazo bien de reno bien de pescado y lo pongo junto al fuego. Cuando se reblandece, lo mezclo con arroz y una cebolla y hago una cena magnífica. A veces un eskimal me trae el hígado de una foca o el corazón de una ballena blanca y con tomates, vinagre, sal y cebolla guiso una cena que ya la hubiera querido gustar el general don Vicente Gómez en sus buenos días. Todo es hasta acostumbrarse. Los indígenas devoran pescado helado. Devoran también aceite de foca que apesta, y esperma de ballena que provoca náuseas. Yo no me he acostumbrado a esto, pero no me extrañaría nada que algún día me acostumbrase.

Tenemos correo dos veces al mes. Cuando llega, procuro rezar el Breviario por la mañana temprano, para que cuando me traigan la correspondencia pueda sentarme 6 o 7 horas junto a la estufa y prolongar la lectura hasta algunos minutos después de la media noche. Así soy de miserable. Creo, sin embargo, que muy pocos obrarían de distinto modo. El correo me trae un rollo de periódicos y revistas de España que me dan cuenta punto por punto de la marcha de la vida española en la vanguardia y en la retaguardia. Luego cartas, muchas cartas, y luego más periódicos y revistas yanquis. Sentado

MISIONES

junto a la estufa con la lámpara a toda mecha y con el Breviario rezado y con los catecismos despachados, pasan las horas sin ser vistas ni oídas. El otro día me llevé las manos a la cabeza cuando me senté a las 7 de la noche y me despecé a las 2 y 25 de la madrugada. El suelo de la cocina era un erial de papeles de todos los colores y en todos los idiomas. Luego 15 días dedicables exclusivamente a tareas apostólicas hasta que nos cae encima el nuevo correo. Y así se van deslizándose los días, que pasan como las aves que vuelan sin dejar rastro alguno visible tras de sí, si no son canas, arrugas, calvicie, dientes malos y otras menudencias que son un rastro bien visible por cierto.

Aquí en Alaska las almas "non numerantur, sed ponderantur". Presuponiendo que Caracas tiene 150.000 habitantes, Caracas tiene exactamente tres veces la población de Alaska. Kotzebue tiene 350 habitantes, y es una de las mayores ciudades de aquí, la mayor entre el círculo polar y el Polo Norte.

A mis catecismos vienen blancos, mestizos y eskimales de pura cepa. Los blancos son hijos —e hijas— de empleados del gobierno que viven hoy aquí, mañana allí, y pasado acullá como los beduinos del Sahara: mariscales o policías, maestros de escuela, operarios de la telegrafía sin hilos, guardas de la caza, etc., etc. Los mestizos proceden de mineros aventureros que echaron raíces aquí hace 40 años y se casaron con indígenas. Los pobres mestizos no son ni carne ni pescado; inferiores a los blancos y superiores a los indígenas puros, oscilan sin hallar reposo. Los verdaderos eskimales son los más felices: duermen en el suelo, comen pescado podrido, no se lavan, se divierten matando piojos, tienen pómulos japoneses y ojos chinoscos y chapurrean un inglés horrible, aunque hablan un eskimal immaculado que retumba con guturales de trueno.

Yo tengo que echármelas de neutral y hacerme todo a todos, ya que todos somos hermanos, hijos de Dios y herederos del cielo. Cuando en el catecismo un blanco acusa a un indígena de tener piojos, le doy al indígena una concha de jabón de olor y le hago sentarse aparte hasta que se despioje. Los demás huelen el jabón y se quejan de que también ellos tienen piojos. Se procede a un examen y escrutinio y se rebusca por aquellas mechas desgrefñadas. Si efectivamente se hallan piojos, allá va otra concha de jabón; si no, al mentiroso se le condena a sentarse aparte como si de hecho los tuviera. Un verdadero circo con fieras domesticadas.

Kotzebue se precia de tener iglesia católica. Es la

más próxima al Polo Norte. Yo me lleno de vanagloria cuando por las noches atizo la lámpara del Santísimo, la lámpara más próxima al Polo Norte.

El 2 de febrero hice aquí los últimos votos. Vino en aeroplano el P. Superior de la Misión y me los recibió de una manera bien sencilla. La víspera me confesé —hacia 184 días que no lo hacía— y a la mañanita siguiente él dijo la Misa y yo se la ayudé y en ella pronuncié los votos. Terminada la ceremonia nos dimos el abrazo clásico y desayunamos. Al día siguiente marchó y me volví a quedar solo. No hubo flores ni banquete ni poesías ni música ni algazara como se estila en el mundo civilizado cuando un Jesuíta hace los últimos votos. En cambio, tuve el honor de ser el Jesuíta que ha pronunciado los últimos votos más cerca del Polo Norte desde el mismo San Ignacio hasta nuestros días. Hay que consolarse con algo.

Si algún día logra usted poseer un libro, en prosa o en verso, en español, latín, griego o caraqueño, delgado o abultado o como sea, y no sabe usted qué hacer con él, enróllele en papel fuerte y mándemelo, y yo le devolveré tantas gracias como letras tenga el susodicho libro. Que no esté impreso en España, porque ya tengo en España un amigo que se encarga de enviarme los libros españoles que merezcan la pena, sino hispanoamericano. Vivo en una ignorancia ultra-crasa de la literatura de allende los mares. Y me consta que en imaginación y belleza de expresión ustedes dan cien vueltas a los castellanos, aunque me duela confesarlo.

El P. Salcedo me hablaba un día de la imaginación hispano-americana y me trajo a cuento una cita muy a propósito. No sé si fue Nariño o algún otro patriota antiguo que murió asesinado y luego se dijo de él que era "un copo de nieve en un charco de sangre". Aunque viva mil años no se me olvidará esta expresión verdaderamente inimitable.

Y basta por hoy. Cuando me pongo a escribir una carta, me alargo desmesuradamente.

Mil plácemes por las incensadas de triplice ducto cum triplice ictu que les dió el buen Mons. Unzué cuando les entregó una de las tres medallas papales. Bravo, colosal, así se hace. Me están dando ganas a mi de ser venezolano.

Todo suyo en Jesucristo, y encomendándose en sus oraciones,

Segundo Llorente, S. J.
Misionero de Alaska.